

cial en ambas sociedades, con respecto a México— que “el hecho de que, salvo para la Economía y para el Derecho, no exista un título académico para las otras ciencias sociales conspira contra el reconocimiento de la importancia de éstas y para que el especialista adecuado no sea llamado para resolver los problemas que se plantean con vigor creciente”.¹³² En México existe el título; muchos sectores sienten ya la necesidad de los especialistas correspondientes; pero, sin embargo, no se conecta siempre una cosa con otra, y en el gobierno mismo es frecuente que, **para estas tareas especializadas, se emplee a improvisados.** El divorcio que esto representa entre la necesidad y sus satisfactores adecuados (problemas sociales de México, por una parte, y egresados técnicos de Ciencias Políticas y Sociales, por otra), irá agudizándose hasta convertirse a su vez en problema y obligar a quienes no han podido prever su aparición y evitarlo, a que den reconocimiento a las carreras de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales y, con ello, protejan su ejército.

Acabábamos de escribir las líneas anteriores cuando, al llegar al capítulo VI del libro de Solari sobre los problemas de las ciencias sociales en Uruguay, nos encontramos con los siguientes párrafos significativos con los que queremos terminar esta nota, porque, en más o en menos, en unos sí y en otros no, de entre nuestros países, muestran en toda su crudeza la que es y seguirá siendo por pocos o muchos años (según lo quieran quienes tienen en sus manos las decisiones correspondientes) el problema fundamental de la relación política-ciencia social en nuestros países:

“Es imposible escribir una historia de las relaciones entre la técnica y la política en el Uruguay. Creo que puede decirse, sin injusticia, que la clase política ha utilizado a los técnicos en ciencias sociales cuando tal cosa ha sido inclui-

ble y con una dosis bastante elevada de escepticismo y de desconfianza. Las causas profundas de esto no pueden ser estudiadas aquí; la causa inmediata puede decirse que reside en un divorcio entre lo que, con cierta libertad de lenguaje, podría llamarse la clase universitaria y la clase política. Este divorcio tiene numerosas manifestaciones, entre las cuales debe colocarse en primer plano la crítica a veces despiadada, con que los universitarios han fugigado a los gobiernos, a su falta de planes, a su desconocimiento de la realidad del país. Los políticos han reaccionado no tratando de subsanar los defectos reales que esa crítica señalaba, sino ignorándola. Si a veces los técnicos han ido demasiado lejos sosteniendo implícitamente las bondades de una tecnocracia e ignorando las necesidades a las que responde la política, el hecho es que la clase política ha mostrado una desmedida despreocupación por los resultados de los estudios científicos sobre la realidad nacional. Y esta situación redundará, sin duda, en perjuicio del país.” (151)

MONTENEGRO, Abelardo F., *A Ciência Política no Brasil e outros artigos*. Fortaleza, Ceará, 1956, p. 46.

Esta recopilación de artículos —como la mayoría de las de su tipo— se resiente de una cierta falta de unidad interna. Como que un artículo es, en mayor o menor grado, una unidad completa de por sí, o que aspira a serlo, mientras que un libro es una cadena formada por eslabones que vale más por la unión conjunta de todos que por la unidad aislada de cada uno. Y, en este sentido, nos parece que para pasar de la reunión de artículos a la unificación propia del libro es preciso tanto agrupar y seriar convenientemente como someter a cada unidad a una cierta remanipulación: a

un arreglo que proporcione los puntos de articulación, que ponga de manifiesto la forma en que contribuye a la tarea de conjunto. Montenegro no ha hecho ni una ni otra cosa; sin embargo, el lector mismo puede establecer (pasando por encima de artículos que la interrumpen) una cierta secuela que, efectivamente, tiene como referencia principal —según ya indica el título— el fenómeno político y su conocimiento.

En Brasil la ciencia política ha tenido pocos estudiosos, según Montenegro; porque quien podría estudiarla prefiere hacerla, de tal modo que el conocimiento político se reduce al estudio de la Teoría del Estado y del Derecho Constitucional. Durante el imperio, los temas políticos eran abordados por los miembros de las oligarquías que dominaban los marcos políticos, que (azurócratas del NE y cafetócratas del S.) estudiaban en Inglaterra y hacían discursos, sin realizar un examen científico de las situaciones. Durante la Primera República, Ruy Barbosa, Torres, Silvio Romero, Euclides da Cunha, Oliveira Viana, y durante la Segunda República, Viana, Freyre, Prado Junior, Sampaio, Menezes, Ferreira, Werneck Sodré, Calmón, forman entre los sociólogos, constitucionalistas y teóricos del Estado, “que manipulan los temas políticos con desembarazo, con los ojos vueltos hacia los problemas reales”. (6) Las primeras investigaciones científicas (investigaciones de campo y, más precisamente, investigaciones microsociológicas, es lo que parece querer decir Montenegro), las realizan Orlando M. Carvalho en Minas Gerais, Aziz Simão en São Paulo, el autor en Ceará, en relación con la estructura ocupacional de los partidos políticos. En esta hora, para el Brasil, la sociología política parece responder a la “necesidad actual de dotar de instrumentos adecuados a nuestras menguadas élites”. (8)

El problema de las élites políticas pa-

rece haber representado uno de los más fuertes atractivos de la sociología política brasileña. Parece mostrarlo el estudio de Djácir Menezes sobre *As Elites Agresivas* y aquel otro que preparó y que no llegó a publicar —por parecerle poco extenso primero y más tarde poco interesante, según nos dijo en alguna ocasión— sobre *As Elites Doentes*. Y parece testimoniarlo también el que Montenegro considere su estudio necesidad radical del conocimiento político en su país. Como que las *élites saludables* (opuestas tanto a las dolientes como a las agresivas) deben tener como misión “desprestigiar todos los mitos usados por los demagogos”.

Esa necesidad de *élites saludables* es tanto más apremiante cuanto que frente a ellas se encuentra una masa ignorante, más expuesta por ello a los ataques de los demagogos que los pueblos cultos (ya que la masa no se convierte en pueblo sino en el momento en que se aleja del mito y es capaz de enfrentarse a la realidad). En tanto esto no ocurre, el político tiene que manejarla despertando en ella emociones más que suscitando razonamientos, siendo así como se explica el que “Si la U. R. S. S. resistió la invasión nazi fue gracias a la exaltación de las tradiciones nacionales, pues Stalin no apeló entonces a los latiguillos del socialismo científico, sino que su realismo le llevó a despertar el profundo amor del hombre ruso por la Madre Rusia”. (7)

¿Qué panorama es el que presentan las élites políticas en el Brasil? ¿Cuál es la política que realizan? La política en Brasil es una política netamente partidaria en la que el triunfo conduce al reparto de los despojos, en la que “el coronel sertanero no puede entender una alianza con los ángeles rebeldes (*os anjos rebeldes*)” (10) lo cual impide la realización de cualquier forma de administración. Pero, por otra parte, los mismos dirigentes políticos de Brasil, incapaces

ces de colaborar con los jefes de partidos distintos de los suyos, son frecuentemente arrastrados a no realizar por sí mismos ninguna administración, a entregarse a la retórica, dejándose llevar por la verbosidad encantadora o hechizante (el sustantivo es de Montenegro, los adjetivos, nuestros) que permiten que el autor hable de la existencia, en Brasil, de un “complejo de Orfeo”. (11)

Deformación y desviación indudable de las *élites* negadas a la colaboración, incapacitadas para la administración, presas del orfismo, que deben contrastarse con las tareas de las *élites* auténticas, destinadas “a separar el grano de la paja, a defender aquellos valores sobre los que se asienta la estructura moral de la nación, a colaborar en el planteamiento, en la interpretación, en la solución de problemas, en la construcción de las obras... reflexivas, serenas, llenas de razón y buen sentido, educadas en la apreciación de los problemas humanos a la luz del método científico”. (12) Privatismo y bien común, política partidista y cuestiones técnicas son problemas ineludibles de bipolaridad axiológica política, de interferencias indeseables entre política en sentido estrecho y planificación política (conectada necesariamente con una política en sentido amplio).

Frente a élites por constituirse adecuadamente, una masa rural analfabeta, incapacitada para asimilar principios políticos, científicos y religiosos apropiados, víctima frecuente —quizá ahora menos que antes, pero no totalmente inmune— del fanatismo; movida por *taumaturgos* que son divinizados y “que pueden realizar lo que anhelan las almas en una estrategia de los instintos”, (13) con lo cual esas mismas poblaciones están incapacitadas para participar en la vida pública e histórica de la nación, estando sujeta —la pequeña parte que puede hacerlo—

a restricciones económicas que coartan su libertad.

El rasgo general a que esto obedece fue observado por uno de los primeros sociólogos brasileños, Silvio Romero, quien registra en Brasil una tendencia al patriarcalismo en cuanto “las capas populares viven en torno de un Jefe, de un Patrón o de un Protector, de un guía, encarnando el gobierno más en personas que en instituciones”.

Dentro de esta situación general que, si bien no se ha modificado completamente, muestra claras tendencias a modificarse, dos figuras destacan con especial relieve y significación: Ruy Barbosa (civilismo republicano) y Santos Dumont (espíritu de investigación y dominio técnico).

En efecto: Ruy Barbosa contribuyó a construir la forma republicana de gobierno en un país en el que surgía la burguesía comercial, a la que parecía conveniente entregar el poder para que con su empuje y sirviéndose de una superestructura adelantada pudiese hacer progresar país aun a despecho de la estructura atrasada, de acuerdo con la interpretación de Hermes Lima. Porque Ruy Barbosa, contra la tradición colonial de la plantación azucarera o cafetera, trataba de industrializar al país para enfrentarse al capitalismo extranjero, advirtiendo: “No busquemos el camino de vuelta a la situación colonial. Guardémonos de las protecciones internacionales. Precavémonos de las invasiones económicas”. (15) Visión industrialista que por no haber sabido poner quizá en relación la situación buscada con la situación real hubo de llevar al civilismo a una situación dramática, al enfrentarse al realismo carente de horizonte y de nobleza de Pinheiro Machado, que “traducía la falta de participación de la mayoría del pueblo, el mandato de los señores rurales”, permitiendo esto que, al chocar las dos ideologías, se criticasen —en forma que a

algunos podría parecer fundada— las grandes esquematizaciones teóricas de Ruy, su poca inclinación a la observación objetiva de los hechos. Lo cual no impide ver que en ésta, como en otras muchas ocasiones, si la visión del idealista puede no tener una utilidad inmediata sí suele tener frecuentemente una utilidad instrumental mediata, en cuanto ideafuerza que otros tratarán de efectivizar; en cuanto, como reconoce el propio Montenegro, “la obra de Ruy Barbosa habría de transformarse en reservorio doctrinario”.

¿Ruy Barbosa? Muy bien pero ¿Santos Dumont, por qué? ¿Por qué el as de la aviación en relación con temas de sociología política? Porque sí —en el mundo en el que aparece— “el bachiller en Derecho constituía la figura dominante de la sociedad patriarcal y el joven que exhibía en el anular el anillo de ofuscante rubí no podía poner la mano en contacto con las máquinas grandes o pequeñas...., Santos Dumont constituirá un rasgo heteróclito: ...proporcionará una prueba inequívoca de nuestras posibilidades en el campo de la ciencia”. (22)

Ruy Barbosa y Santos Dumont y, en la convergencia, la caída de Paulo Alfonso deja de ser motivo poético para transformarse en fuente de energía y con ello en elemento de promoción económica y política del pueblo brasileño, al que ayudará a alcanzar plena conciencia de sí mismo la sociología que Montenegro estudia en otro de los artículos de esta recopilación, en el cual reconoce que: “La sociología en Brasil atraviesa un período claramente científico, habiendo sido superados los períodos sociográfico y presociológico”; pero en el que asimismo indica que —en contraste notable con lo que ocurre en México y muy probablemente en otros muchos países latinoamericanos en los que los estudios ruralistas se encuentran bastante avanzados mientras que los urbanistas mar-

chan relativamente a la zaga en el terreno sociológico— “si la sociología en Brasil se desenvuelve, a partir de 1930, la sociología de la vida rural comienza a germinar ahora, viviéndose en plena fase de ‘toma de contacto’, explicándose este atraso por la política esencialmente urbana que peculiarizó al Imperio y no tuvo solución de continuidad en la República”. (25)

De los restantes artículos de la recopilación, pueden recogerse algunos títulos: el triunfo del sabio, la mujer como factor de producción, filosofía y lucha por la vida, Maquiavelo y el maquiavelismo. De todos, como de los anteriores —no obstante la forma de exposición un tanto deshilvanada que priva en ellos y que se justifica en función de su carácter de artículos—, puede recogerse más de una observación interesante. Lo prueba el hecho de que, no obstante la brevedad del original, pueda dar de por sí material para más de una glosa.

Brasil —mucho más que México— parece ser tierra de ensayistas, y de ensayistas ávidos, además, de publicar (como que recibimos aquí un número considerable de opúsculos como el que reseñamos). Pero tierra de ensayistas afortunados, que es muy probable que salidos ya de su edad juvenil, al mediar de sus vidas, hayan recogido una rica cosecha de observaciones en sus ensayos, con cuyo grano sembrar nuevos campos, de tierra más fértil, de extensión más amplia, en los que crecerá, hasta el límite del horizonte, la rubia espiga mecida por el sol.

PERPIÑA GRAU, Román: *Lo económico y lo extraeconómico en la vida de los pueblos*. Academia de Ciencias Económico-financieras. Barcelona, 1956. 27 pp.

En este discurso leído en la solemne inauguración del curso de 1956-7, cele-